

La magnificencia y la galantería nunca brillaron con tanto esplendor como en los primeros años del reinado de Enrique II. Era este un príncipe galante, apuesto y enamorado; aunque su pasión por Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, había comenzado más de veinte años atrás, no por ello era menos violenta, ni dejaba él de dar los más clamorosos testimonios de su amor.

Como su destreza era admirable en toda clase de ejercicios físicos, los convertía en una de sus principales ocupaciones. Todos los días se celebraban cacerías, juegos de pelota, bailes, carreras de anillos y otras diversiones; los colores e iniciales de la señora de Valentinois aparecían por doquier, y ella se presentaba en la corte con atuendos y adornos que hubiera podido lucir su nieta, la señorita de La Marck, que se hallaba por entonces en edad de contraer matrimonio.

La presencia de la reina autorizaba la suya. La reina era hermosa, aunque ya hubiera pasado de la primera juventud; le gustaban la grandeza, el fasto y los placeres. El rey se había casado con ella siendo aún duque de Orléans, en vida de su hermano mayor el Delfín, que murió después en Tournon, príncipe a quien su cuna y sus grandes cualidades destinaban a ocupar dignamente el trono de su padre, el rey Francisco I.

El carácter ambicioso de la reina le hacía hallar gran dulzura en reinar; soportaba sin demasiada pena el cariño del rey por la duquesa de Valentinois, y no parecía sentir celos, aunque era tan profundo en ella el disimulo, que resultaba difícil juzgar cuáles eran sus verdaderos sentimientos, y la diplomacia la obligaba a acercarse a la duquesa, para acercarse de este modo al rey. Aquel príncipe gustaba del trato con las mujeres, incluso con aquellas de las que no estaba enamorado; acudía todos los días a los salones de la reina a la hora de la tertulia, pues lo más hermoso y gallardo de uno y otro sexo se daba cita allí.

Jamás se vieron en corte alguna tantas mujeres hermosas ni tantos hombres de admirable prestancia; parecía como si la naturaleza hubiese hallado placer en dotar con sus más preciados dones a las más bellas princesas y a los más grandes príncipes. Isabel de Francia, que fue después reina de España, empezaba a dar muestras de un asombroso talento y a lucir esa incomparable hermosura que le fue tan funesta. María Estuardo, reina de Escocia, que acababa de casarse con el Delfín y a quien llamaban la Delfina, era una criatura perfecta, tanto de cuerpo como de espíritu; fue educada en la corte de Francia y aprendió en ella todo su refinamiento; había nacido con tal disposición para todas las cosas bellas que, pese a su gran juventud, las apreciaba y entendía mejor que nadie. La reina, su suegra, y *Madame*, la hermana del rey, mostraban asimismo gran afición a los versos, al teatro y a la música. El amor que el rey Francisco I sintió por la poesía y por las letras seguía reinando en Francia, y el rey su hijo, a quien gustaban los ejercicios físicos, los

introdujo en la corte, de suerte que en ella se daban toda clase de regocijos; pero lo que en realidad hacía que aquella corte fuera bella y majestuosa era el número infinito de príncipes y de grandes señores de extraordinarios méritos. Los que voy a nombrar seguidamente eran, aunque en diferentes facetas, el ornato y la admiración de su época.

El rey de Navarra atraía el respeto de todos por la grandeza de su alcurnia y por la que mostraba en toda su persona. Destacaba en la guerra, y el duque de Guisa rivalizaba con él de tal modo que varias veces dejó dicho rey su puesto de general para combatir a su lado como simple soldado, en los puestos más peligrosos. Bien es verdad que el duque había dado muestras de un valor tan admirable y había obtenido tantos y tan felices triunfos, que no había gran capitán que no lo mirase con envidia. Su valentía iba acompañada de otras muchas grandes cualidades: poseía un ingenio amplio y profundo, un alma noble y elevada y una igual capacidad para la guerra y para los negocios. El cardenal de Lorraine, su hermano, había nacido provisto de una ambición desmesurada, de un vivo ingenio y de una elocuencia admirable, y había adquirido profundos conocimientos, de los que se valía para que lo considerasen con respeto cuando defendía la religión católica, que empezaba a ser atacada. El caballero de Guisa, a quien después nombraron gran prior, era un príncipe amado de todos, apuesto, de gran talento y habilidad, con un valor admirable que lo hizo célebre en toda Europa. El príncipe de Condé, dentro de un cuerpecillo no muy favorecido por la naturaleza, albergaba un alma noble y altiva, y un ingenio

que lo hacía parecer amable incluso a los ojos de las mujeres más bellas. El duque de Nevers, cuya vida se cubría de gloria tanto en la guerra como en los importantes puestos que desempeñaba, pese a ser de edad ya algo avanzada, era el encanto de toda la corte. Tenía tres hijos, todos ellos bien plantados y gallardos: el segundo, a quien llamaban príncipe de Clèves, era digno de ostentar un apellido tan glorioso como el suyo; era valiente y magnífico, y de una prudencia que no suele ir de par con la juventud. El Vidamo de Chartres,¹ que descendía de la antigua casa de Vendôme —cuyos príncipes de sangre real no desdénaron llevar aquel nombre—, se distinguía por igual en las armas y en la galantería. Era bizarro, de rostro agraciado, valiente, atrevido, liberal; todas estas cualidades lucían en él impetuosas y brillantes; finalmente, era el único caballero digno de ser comparado al duque de Nemours, si alguien hubiera podido comparársele, pues este príncipe era una obra maestra de la naturaleza. Lo menos admirable en él era ser el hombre más apuesto y agraciado que uno pueda imaginarse. Lo que lo hacía superior a todos los demás era su incomparable valor, y un agrado tal en el trato y en su manera de obrar que jamás se vieron en otro; su jovialidad gustaba tanto a hombres como a mujeres; su extraordinaria habilidad para toda clase de ejercicios, una manera de vestirse que todos trataban de copiar sin lograr imitarlo nunca y,

¹ Vidamo (de *vice*, que ocupa el lugar de, y del latín *dominus*, señor): en Francia, durante la Edad Media, el que defendía los intereses de una abadía u obispado. (*N. de la T.*)

finalmente, algo especial en toda su persona, obligaban a mirarlo solo a él allí donde se encontrase. No había ninguna dama de la corte que no sintiera halagada su vanidad si él se interesaba por ella; pocas eran aquellas a quienes pretendió que pudieran presumir de habersele resistido, e incluso varias de ellas a quienes él no dio muestra alguna de pasión, no por ello dejaron de sentir-la. Poseía tanta dulzura y tal disposición para la galantería que no le era posible negar ciertas atenciones a las que querían agradecerle; de ahí que tuviera varias amantes, pero era difícil adivinar a cuál de ellas amaba de verdad. Iba a menudo a visitar a la Delfina; la belleza de esta princesa, su dulzura, el cuidado que ponía en agradar a todo el mundo, así como la especial estima que sentía por aquel príncipe, dieron lugar, en más de una ocasión, a creer que él alzaba sus miradas hacia ella. Era sobrina de los señores de Guisa, quienes habían visto aumentar grandemente su crédito y consideración gracias a su matrimonio; la ambición de estos señores les hacía aspirar a igualarse con los príncipes de sangre real y a compartir el poder del condestable de Montmorency. El rey delegaba en este la mayor parte del gobierno y de sus negocios, y trataba al duque de Guisa y al mariscal de Saint-André como favoritos. Pero aquellos a quienes el favor o los negocios acercaban a su persona no lograban mantenerse en su puesto a no ser sometidos a la duquesa de Valentinois; y aunque ella ya no tuviera ni juventud ni belleza, dominaba al rey con un imperio tan absoluto que podía decirse que era dueña tanto de su persona como del Estado.

El rey siempre sintió afecto por el condestable y, en cuanto empezó a reinar, lo mandó llamar del exilio adonde lo había enviado el rey Francisco I. La corte se dividía entre los partidarios de los señores de Guisa y los del condestable, que se hallaba respaldado por los príncipes de sangre real. Ambos partidos trataban de ganarse a la duquesa de Valentinois. El duque de Aumale, hermano del duque de Guisa, se había casado con una de las hijas de la duquesa; el condestable aspiraba a la misma alianza. No se conformaba con haber casado a su hijo mayor con madame Diane, hija del rey y de una dama del Piamonte, que se hizo religiosa en cuanto dio a luz. Este enlace había tenido que vencer muchos obstáculos, pues el señor de Montmorency le había dado promesa de matrimonio a la señorita de Piennes, una de las damas de honor de la reina; y aunque el rey superó estos obstáculos con una paciencia y una bondad extremas, el condestable no se sentía aún suficientemente respaldado si no se atraía a la señora de Valentinois, apartándola de los señores de Guisa, cuya grandeza empezaba a producir cierta inquietud a la duquesa. Esta había retrasado en la medida de lo posible la boda del Delfín con la reina de Escocia: la belleza y el ingenio despier-to y progresista de la joven princesa, así como la nobleza que este matrimonio proporcionaba a los señores de Guisa, le resultaban insoportables. Odiaba particularmente al mariscal de Lorraine, quien le había hablado con acritud y hasta con desdén. Veía que este mariscal iba estrechando cada vez más sus relaciones con la reina, de suerte que el condestable la halló propicia a unirse a él

para llevar a cabo el enlace de su nieta, la señorita de La Marck, con el señor d'Anville, su segundo hijo, que después le sucedió en el cargo durante el reinado de Carlos IX. El condestable no pensaba encontrar obstáculos para aquella boda por parte del señor d'Anville, como había sido el caso por parte del señor de Montmorency pero, aun sin saber las razones, no fueron menores las dificultades. El señor d'Anville estaba perdidamente enamorado de la Delfina y, pese a albergar muy pocas esperanzas respecto al resultado de su pasión, no quería determinarse a un compromiso que le obligaba a dividir sus atenciones. El mariscal de Saint-André era el único en la corte que no se unía a ningún partido. Era uno de los favoritos, y ese favor solo era debido a su persona: el rey sentía cariño hacia él desde los tiempos en que aún era Delfín, y más tarde lo había nombrado mariscal de Francia, a una edad en que no se acostumbra pretender ninguna clase de honores. La preferencia del rey le proporcionaba un brillo que él sabía sustentar con sus méritos, con el agrado que se desprendía de su persona, con una gran delicadeza en hacer los honores de su mesa y en la elección de sus muebles, y con la mayor suntuosidad que jamás se haya visto en un hombre noble. La largueza del rey sufragaba estos gastos; llegaba hasta la prodigalidad con aquellos a quienes amaba; no poseía todas las cualidades que debe tener un gran rey, pero sí muchas de ellas y, sobre todo la de gustarle la guerra y entenderla. De ahí que hubiera obtenido algunos resultados afortunados y, si exceptuamos la batalla de San Quintín, su reinado había sido una sucesión de victorias. Ganó en persona la ba-

talla de Renty; conquistó el Piamonte; los ingleses fueron arrojados de Francia y el emperador Carlos V vio acabarse su buena suerte ante la ciudad de Metz, a la que sitió inútilmente con todas las fuerzas del Imperio y de España. No obstante, como la derrota de San Quintín había disminuido las esperanzas de nuestras conquistas, y como después la fortuna parecía repartirse entre ambos reyes, se vieron abocados a firmar la paz.

La duquesa viuda de Lorraine había empezado a proponer esta paz en tiempos de los desposorios del Delfín. Desde entonces acá, siempre había existido alguna negociación secreta. Por fin, se eligió Cercamp, en la comarca de Artois, como lugar donde deberían reunirse. El cardenal de Lorraine, el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André asistieron en nombre del rey de Francia; el duque de Alba y el príncipe de Orange, en nombre de Felipe II, y el duque y la duquesa de Lorraine actuaron de mediadores. Los principales artículos que allí se trataron fueron el matrimonio de Isabel de Francia con don Carlos, infante de España, y el de *Madame*, hermana del rey, con el señor de Saboya.

El rey se quedó, empero, en la frontera, y allí recibió la noticia de la muerte de María, reina de Inglaterra. Mandó al conde de Randan para que felicitase en su nombre a Isabel por su advenimiento al trono; ella lo recibió con alegría, pues sus derechos se hallaban tan mal establecidos que le resultaba muy favorable verse reconocida por el rey de Francia. El conde la encontró muy al corriente de los intereses de la corte de Francia y de los méritos de los que formaban parte de ella. Sobre

todo, la halló tan convencida de la reputación del duque de Nemours, le habló tantas veces de este príncipe y con tal solicitud que, al tornar de su viaje y dar cuenta de él al rey, el señor de Randan le dijo que el señor de Nemours podía pretender cuanto quisiera cerca de aquella reina, y que no dudaba de que incluso fuera capaz de casarse con él. El rey habló de ello al duque aquella misma noche; pidió al señor de Randan que le relatase todas sus conversaciones con Isabel y aconsejó al señor de Nemours que intentara tan gran fortuna. El señor de Nemours pensó en un principio que el rey no le hablaba en serio, pero al ver que no era así, le dijo:

—Por lo menos, Señor, si me embarco en esta quimérica empresa por consejo y en servicio de Vuestra Majestad, os suplico guardéis el secreto hasta que el éxito me justifique ante el público, de modo que no parezca yo tan imbuido de vanidad como para pensar que una reina, que no me ha visto jamás, quiera casarse conmigo por amor.

El rey le prometió que no hablaría más que con el condestable de aquel proyecto y hasta juzgó necesario guardar el secreto para obtener el éxito. El señor de Randan aconsejó al señor de Nemours que se embarcara para Inglaterra con el simple pretexto de viajar, mas este príncipe no pudo resolverse a hacerlo así. Envió a Lignerolles, su favorito, que era un joven de mucho talento, para que tantease los sentimientos de la reina de Inglaterra y para tratar de establecer alguna relación. Mientras esperaba el resultado de este viaje, fue a visitar al duque de Saboya, que se hallaba entonces en Bruselas con el rey de España. La

muerte de María de Inglaterra había traído consigo grandes obstáculos para la paz; se interrumpieron las negociaciones a finales de noviembre y el rey regresó a París.

Apareció por entonces en la corte una mujer de tan peregrina hermosura que atrajo las miradas de todos, y forzoso es creer que se trataba de una belleza perfecta, pues provocaba admiración en un lugar en donde se estaba muy acostumbrado a ver mujeres hermosas. Pertenecía a la misma casa que el Vidamo de Chartres y era una de las más ricas herederas de Francia. Su padre había muerto joven, dejándola a cargo de su mujer, la señora de Chartres, cuyas cualidades, méritos y virtudes eran extraordinarios. Tras haber perdido a su marido, esta señora pasó varios años sin aparecer por la corte. Durante esta ausencia, dedicó sus cuidados a la educación de su hija; mas no solo trató de cultivar en ella la inteligencia y la belleza, sino que también se preocupó por enseñarle la virtud y hacerla amar. La mayoría de las madres imaginan que basta con no hablar nunca de intrigas amorosas delante de las jovencitas para que se aparten de ellas. La señora de Chartres sostenía la opinión contraria; a menudo describía a su hija lo que era el amor; le mostraba lo que de agradable tiene para persuadirla más fácilmente de sus peligros; le contaba la falta de sinceridad de los hombres, sus engaños y sus infidelidades, y las desgracias que pueden traer consigo ciertos compromisos. Le hacía ver, por otra parte, cuán tranquila es la vida de una mujer honesta, y cómo la virtud da brillo y elevación a una persona que ya de por sí posee belleza y rango; mas también le hacía comprender

que es difícil conservar la virtud, a no ser desconfiando extremadamente de sí misma, y poniendo un gran cuidado en hacer solo aquello que puede darle la felicidad a una mujer; o sea, amar a su marido y ser de él amada.

Aquella heredera era, por entonces, uno de los mejores partidos que había en Francia y, pese a su extremada juventud, ya le habían propuesto varios matrimonios. La señora de Chartres era sumamente orgullosa y no encontraba casi nada digno de su hija. Cuando esta cumplió los dieciséis años, la llevó a la corte. Al llegar, salió el Vidamo a recibirlas. Quedó asombrado, y con razón, de la belleza de la señorita de Chartres. La blancura de su tez y sus cabellos rubios le daban un esplendor sin igual; sus facciones eran de una gran regularidad y su cara y su talle estaban llenos de gracia y encanto.

Al día siguiente de su llegada, la señorita de Chartres se dirigió a casa de un joyero italiano con objeto de mandar engarzar unas piedras preciosas. Aquel hombre había venido de Florencia con la reina, y tanto se había enriquecido con su tráfico, que su casa más parecía la de un gran señor que la de un comerciante. Estando ella allí, llegó el príncipe de Clèves. Quedó tan conmovido por su belleza que no pudo ocultar su sorpresa, y la señorita de Chartres tampoco pudo evitar ruborizarse ante el asombro que causaba. No obstante, se repuso sin manifestar mayor atención a los actos de aquel príncipe que la exigida por la cortesía hacia un hombre del rango que este parecía tener. El señor de Clèves la contemplaba con admiración y no podía comprender quién sería aquella hermosa mujer que él no conocía. Por su aspecto, y por los

criados que la acompañaban, presumía que debía ser de alta alcurnia. Su juventud le hacía pensar que era soltera, pero no viendo a su madre y oyendo al italiano —que no la conocía— llamarla «Señora», no sabía qué pensar, y continuaba mirándola con extrañeza. Advirtió que sus miradas la turbaban, al revés de lo que suele ocurrirles a otras jovencitas, que ven siempre con gran placer el efecto producido por su belleza; incluso le pareció que él era la causa de la impaciencia que demostraba por marcharse y, en efecto, se marchó en seguida. El señor de Clèves se consoló de perderla de vista con la esperanza de enterarse de quién era, pero quedó muy sorprendido cuando el italiano le dijo que tampoco él la conocía. Tan afectado lo dejó su belleza y la modestia que en sus acciones se traslucía que, desde aquel mismo instante, concibió por ella una pasión y una estima extraordinarias. Aquella misma noche fue a visitar a *Madame*, la hermana del rey.

Esta princesa era muy considerada por todos a causa de la influencia que sobre su hermano el rey ejercía. Y tan grande era esa influencia que el rey, al firmar la paz, consintió en devolver el Piemonte solo para que ella pudiera casarse con el duque de Saboya. Aunque durante toda la vida había deseado casarse, nunca quiso hacerlo de no ser con un soberano, y había rechazado al rey de Navarra cuando todavía era duque de Vendôme por esta razón. Siempre había sentido inclinación por el señor de Saboya, desde que lo conoció en Niza, en la entrevista que celebraron el rey Francisco I y el Papa Pablo III. Como poseía mucho talento y un gran discernimiento para las cosas bellas, atraía a